

**BIBLIOTECA DEL CORREO SALMANTINO.**

**TOMO I.**

---

**LA**  
**SOTA DE ESPADAS,**

**NOVELA RUSA POR POUCHKIN.**

**TRADUCIDA AL CASTELLANO**

por

**J. ORTIZ GALLARDO.**



**SALAMANCA.**

**Imprenta de Juan José Moran,**  
calle de la Rua , número 45.

**1851.**

## Advertencia.

La literatura rusa apenas es conocida entre nosotros ; y no consiste esto en que los escritores modernos de la Rusia no sean dignos de un estudio concienzudo , sino en que , ni se ha hecho éste , ni se ha seguido con la atención que se merece el movimiento literario de aquel país , y hasta se ignora casi completamente su lengua , faltando por lo mismo intérpretes y críticos competentes. Tales razones , nos han movido á ofrecer á nuestros lectores la traducción de una pequeña novela ó cuento del inmortal Pouchkin, el gran poeta ruso contemporáneo.

SALAMANCA

Imprenta de Juan José Morán

Calle de la Cruz, número 42

1852

—Como! en toda la noche, no has estado  
de poner una vez sobre el tablero? Verdade-  
tamente la firmexa me pesaba.  
—Que te parece de Hermann, dijo uno  
de los convidados señalando a un joven ofi-  
cial de ingenieros. Est. mozo, en su vida ha  
hecho un apertote ni de tocado una carta, sin  
embargo de que nos está viendo jugar hasta  
las cinco de la mañana.

**J**ugaban en casa de Naroumof, teniente de los guardias de caballería. Una larga noche de invierno habia transcurrido sin que ninguno se apercibiese de ello, y eran las cinco de la mañana cuando la cena fué servida. Los gananciosos sentáronse á la mesa con grande apetito; pero en cuanto á los otros, contemplaban sus asientos desocupados. Poco á poco, no obstante, á favor del vino de Champagne, la conversacion se animó y se hizo general.

—Qué has hecho hoy, Surino? preguntó el dueño de la casa á uno de sus compañeros.

—Como siempre, he perdido. En verdad yo no tengo suerte. Jugué á la «mirándola»: y bien sabes si tengo sangre fria. Soy un apunte impasible, jamás cambio de juego y siempre pierdo.

—Como! en toda la noche, no has ensayado poner una vez sobre el tablero? Verdaderamente tu firmeza me pasma.

—Que te parece de Hermann, dijo uno de los convidados señalando á un jóven oficial de Ingenieros. Este mozo, en su vida ha hecho un «párolí» ni ha tocado una carta, sin embargo de que nos está viendo jugar hasta las cinco de la mañana.

—El juego me interesa, contestó Hermann, pero no me gusta arriesgar lo necesario por ganar lo supérfluo.

—Hermann es Aleman; es económico, y aquí todo, exclamó Tomski; pero lo que hay de mas asombroso es mi abuela Anna Fedotovna.

—Por qué? le preguntaron sus amigos.

—No habeis notado, replicó Tomski, que no juega jamás?

—En efecto, dijo Naroumof, una mujer de ochenta años que no apunta, es una cosa extraordinaria.

—¿No sabeis por qué?

—No. Tiene alguna razon para no jugar.

—Oh! si, escuchad. Vosotros sabreis que mi abuela hace como sesenta años, fué á Paris é hizo furor, corrian tras de ella por ver á la «Venus moscovita.» Richelieu la hizo la

corte, y mi abuela sostiene que con sus rigores por poco le hace volver loco.

Por este tiempo las señoras jugaban al PHARAON (1). Una noche en el juego de la corte, perdió bajo su palabra contra el duque de Orleans una cantidad muy considerable. Vuelta á casa, mi abuela, quitóse los lunares, deshiizo su rodete, y en esta trágica figura fué á contar á mi abuelo su desventura pidiéndole dinero para satisfacer la deuda. El difunto mi abuelo era una especie de intendente para su mujer. La temia como al fuego; la suma le hizo saltar sobre el suelo, se encolerizó, echó sus cuentas y probó á mi abuela que habia gastado en seis meses medio milton. La dijo lisamente que no tenia en París sus haciendas de los gobiernos de Moskou ó de Saratof y concluyó negando el dinero pedido.

Imaginaos cual sería el furor de mi abuelal Irritada le dió un bofeton y aquella noche hizo cama aparte en prueba de su indignacion. Por la primera vez de su vida quiso condescender en entrar en razonamientos y esplicaciones. En vano se esforzó ella por mostrar á su marido que hay deudas de deudas, y que no debia equiparar á un príncipe con un maes-

(1) Juego de naipes.

tro de coches. Toda su elocuencia fué enteramente perdida.

Mi abuelo permaneció inflexible. Mi sbuela no sabia que hacerse. Felizmente conocia á un hombre muy célebre en esta época. Habéis oido hablar del conde de Saint-Germain, del que cuentan tanta maravilla. Vosotros sabéis que se presentó á manera de judío errante poseedor del elixir de la vida y de la piedra filosofal. Algunos se burlaban de él como de un charlatan. Casanova, en sus memorias, dice que era un espía. Sea de esto lo que quiera, á pesar del misterio de su vida, Saint-Germain era muy buscado por su buen trato y era verdaderamente un hombre amable. Todavía hoy, mi abuela conserva hácia él una afición muy viva y se enciende en cólera cuando no se habla de él con respeto. Pensó que este señor podría adelantarla la suma que necesitaba, y le escribió un billete suplicándole que pasara á su casa. El viejo taumaturgo acudió al instante y la encontró sumergida en la desesperacion. En dos palabras le enteró contándole su desgracia y la crueldad de su marido y le añadió que no tenia mas esperanza que en su amistad y su cortesania. Saint-Germain, despues de algunos instantes de reflexion: «Señora, dijo, yo podré fácilmente

adelantaros el dinero que necesitais, pero yo se que no tendreis reposo hasta despues de habérmele reembolsado, y yo no quiero que salgais de un apuro para entrar en otro.

Hay un medio de pagar. Volved á ganar ese dinero.

—Pero, mi querido conde, respondió mi abuela; os lo he dicho ya, no tengo ni una pistola.... No es necesario, replicó Saint-Germain: escuchadme solamente. “Entonces él la enseñó un secreto que estoy seguro pagaria muy caro cualquiera de vosotros.

Todos los oficiales estaban atentos. Tomski se detuvo para encender una pipa, se ajustó la cintura y despues continuó de esta suerte:

—La misma noche mi abuela fué á Versailles al juego de la reina. El duque de Orleans tenia la banca. Mi abuela se disculpó de no haberle podido todavia satisfacer su deuda, con una pequeña historia: despues se sentó y se puso á apuntar. Tomó tres cartas. En la primera ganó, dobla la puesta sobre la segunda, ganó tambien; sobre la tercera.... en una palabra, se indemnizó gloriosamente.

—Casualidad! dijo uno de los oficiales.

—Cuentol exclamó Hermann.

—Estarian las cartas preparadas, dijo un tercero.

—Yo no lo creo, respondió gravemente Tomski.

—Como! exclamó Naroumof, tú tienes una abuela que sabe esas tres cartas que ganan, y no has podido hacértelas indicar?

—Ah! ese es el diablo, replicó Tomski.

—Mi abuela tenía cuatro hijos, de los cuales mi padre era uno. Tres fueron jugadores arrojados, y ni uno pudo sacarle su secreto, cuyo descubrimiento hubiera hecho mucho bien y á mi particularmente. Pero escuchad lo que me contó el conde Ivan Ilitch, del que tengo su palabra de honor. Tehaplitzki.... (ya sabeis, aquel que murió en la miseria despues de haber comido millones) un dia en su juventud perdió contra Zoritch cerca de trescientos mil rublos. Estaba desesperado. Mi abuela, que no era muy indulgente con las calaveradas de la juventud, no sé porqué hizo escepcion en favor de Tehaplitzki. Le dió tres cartas para que las jugase una detrás de otra, y le exigió palabra de honor de no volver á jugar en su vida. Al instante Tehaplitzki fué á hallar á Zoritch y le pidió un desquite. Sobre la primera carta, puso cincuenta mil rublos. Ganó, hizo párol; al fin de la cuenta con sus tres cartas pagó y se halló con ganancia...

Pero son las seis! A fé mia, que es tiempo



de irse á acostar. — Cada uno vació su vaso, y se separaron.

## II.

La vieja condesa Anna Fedotovna estaba sentada delante de un espejo en su tocador. Tres doncellas la rodeaban: una la presentaba un bote con pomada de rosa, otra una caja con alfileres negros, y la tercera tenia un enorme sombrero de encajes con cintas de color de fuego. La condesa no pretendia aparecer como hermosa, pero conservaba todos los hábitos de su juventud; se vestia á la moda de hace cincuenta años y gastaba en su tocado todo el tiempo y toda la pompa de una petimetra del siglo pasado. Una jóven camarrera trabajaba sobre un bastidor en el alfeizar de la ventana.

—Buenos dias, abuela, dijo un oficial jóven entrando en el gabinete. Felices, señorita Lise. Abuela, vengo á haceros una peticion.

—Qué es Pablo?

—Permitidme que os presente á uno de mis amigos y os pida para él un billete para vuestro baile.

—Tráemele al baile y allí me le presentarás. Has estado ayer en casa de la princesa?

—Seguramente ; aquello estaba delicioso! Se bailó hasta las cinco. La señorita Eltzki estaba encantadora.

—A fé mia , querido , que eres fácil de contentar. En materia de belleza lo que habia que ver era la princesa su abuela Daria Petrovna. Pero dime , debe estar ya muy vieja.

—Como , vieja ! exclamó atolondradamente Tomski , si hace siete años que murió!

La camarera levantó la cabeza é hizo una seña al oficial. El recordó al instante que la consigna era el ocultar á la condesa la muerte de sus contemporáneas , mordióse la lengua ; mas la condesa conservó la mayor sangre fria al saber que su vieja amiga habia desaparecido ya del mundo.

—Muerta? dijo la condesa ; calla , yo no lo sabia. Nosotras fuimos nombradas al mismo tiempo damas de honor , y cuando fuimos presentadas , la emperatriz.....

La condesa contó por centésima vez una anécdota de su juventud. —Pablo , dijo concluyendo , ayúdame á levantar. Lisanka , dónde está mi caja de tabaco? y seguida de sus tres doncellas , pasó detrás de un biombo para acabar su tocado. Tomski permaneció enfrente de la jóven camarera.

—Quién es ese caballero que quereis pre-

sentar á la señora? preguntó en voz baja Lisabeta Ivanovua.

—Naroumof, le conoceis?

—No. Es militar?

—Si.

—De ingenieros?

—No de los guardias de caballería. Por qué creísteis que sería de Ingenieros?

La camarera se sonrió pero no respondió.

—Pablo, exclamó la condesa detrás de su biombo, envíame una novela nueva, sea cualquiera, solo mira no esté escrita en gusto del dia.

—Cómo la quereis abuela?

—Una novela, en donde el héroe no ahogue á su padre ni á su madre, ni en donde haya abogados. Nada me causa mas miedo que los abogados.

—Dónde encontrar al presente una novela de esa especie? querriais una rusa?

—Bah! pues qué, ¿hay novelas rusas? Tu me enviarás una, ¿no es verdad? no te olvidarás?

—No me olvidaré. Adios, abuela, que estoy de prisa. Adios, Lisabeta. Por qué querriais que Naroumof fuese de Ingenieros?

Y Tomski salió del gabinete.

Lisabeta quedó sola, volvió á tomar su la-

bor de tapicería y se sentó al alfeizar de la ventana. A poco tiempo, en la calle un oficial jóven apareció al ángulo de una casa vecina. Su presencia hizo ruborizar hasta las orejas á la camarera; bajó la cabeza y la ocultó debajo del cañamazo. En este momento, la condesa entró completamente vestida.

—Lisanka, dijo, haz enganchar; vamos á dar un paseo.

Lisabeta se levantó y se puso á arreglar su bastidor.

—Y bien! qué es eso? Chica, eres sorda? Ve á decir que se enganche al momento.

—Ya voy, contestó Lisabeta, y corrió á la antecámara.

Un criado entró llevando libros de parte del príncipe Pablo Alexandrovilch.

—Muchísimas gracias.— Lisanka! Lisanka! adónde vas tan precipitada?

—Iba á vestirme, señora.

—Todavía tenemos tiempo, niña, siéntate, toma el primer volúmen y léeme.

La camarera tomó el libro y leyó algunas líneas.

—Mas alto, dijo la condesa. Qué tienes? Estás ronca? Atiende, acércame ese taburete.... mas cerca.... bueno.

Lisabeta leyó todavía dos páginas; la condesa bostezó.

—Tira ese fastidioso libro, dijo, qué almodrote! Vuelve á enviar eso al príncipe Pablo y dale muchas gracias..... Y ese coche, ¿es cosa que no haya de venir?

—Hele aquí, respondió Lisabeta, mirando por la ventana.

—Bueno! y tú no estás vestida? Todos los días es preciso esperar! Esto es insoportable.

Lisabeta corrió á su habitacion y apenas estuvo allí dos minutos, cuando la condesa empezó á llamar con toda su fuerza; las tres doncellas entraron por una puerta y un lacayo por otra.

—No se me oye? Asi es lo que parece; exclamó la condesa. Id á decir á Lisabeta que la espero.

Lisabeta entró al mismo tiempo con un vestido de calle y un sombrero.

—Al fin, señorita! dijo la condesa. Pero qué trage es ese? Por qué así? A quién vas á ver? Veamos qué tiempo está. Hace viento, eh?

—No, excelencia, dijo el ayuda de cámara.

Al contrario, el tiempo está muy apacible.

—Vosotros no sabeis jamás lo que decís. Abre los postigos. Lo decia yo... un viento

horroso! Un frio glacial! Qué se desenganche! Lisanka, hija mia, nosotras no salimos. No tengas el trabajo de ponerte tan bella.

—Que existencia! dijo para sí la camarera.

En efecto, Lisabeta Ivanovna era una criatura muy desgraciada. «Es amargo el pan del extranjero, dice Dante; y muy alta de saltar la piedra del propio hogar.» Pero quién podría describir el continuo aburrimiento de una pobre jóven camarera, cerca de una vieja de título? Sin embargo, la condesa no era mala, pues tenia todos los caprichos de una muger gastada por el mundo. Era avara, orgullosa, egoísta, como aquella que despues de largo tiempo, habia cesado de representar un papel activo en la sociedad. Jamas faltaba á un baile, y allí, vestida y adornada á la moda antigua, se estaba en un rincon y parecia puesta de intento solo para servir de pantalla. Cada uno, al entrar, iba á hacerle un profundo saludo, pero terminada la ceremonia, nadie la dirigia otra vez la palabra. Recibia en su casa á toda la ciudad, observando la etiqueta en su rigor y no conocia á nadie.

Sus numerosos criados ajustados y compuestos en la antecámara, no hacian mas que lo que ellos querian, y sin embargo toda la

casa estaba dada al pillaje, como si ya en ella hubiese entrado la muerte. Lisabeta pasaba su vida en un suplicio continuo.

Ella servía el té y le echaba la azúcar molida. Leía novelas á la condesa, que la hacia responsable de todas las tonterías de los autores. Acompañaba á la noble dama en sus paseos y á ella se la echaba la culpa del mal piso y del mal tiempo. Sus sueldos, mas que modestos, no eran jamás regularmente pagados, y se la exigia que se vistiese *como todo el mundo*, es decir, como muy pocas gentes. En la sociedad su papel era tambien triste. Todos la conocian pero ninguno la distinguia. En el baile, solamente bailaba cuando habia necesidad de una pareja. Las señoras la cogian por la mano y la sacaban fuera del salon, cuando era necesario arreglar alguna cosa de su tocado. Lisabeta tenia amor propio y sentía profundamente la miseria de su posicion. Esperaba con impaciencia un libertador para romper sus cadenas, pero los jóvenes, prudentes en medio de su atolondramiento afectado, se guardaban bien de honrarla con sus atenciones, sin embargo de que era Lisabeta cien veces mas linda que las señoritas descaradas ó estúpidas á quienes aquellos rendian sus homenajes. Mas de una vez, dejando dul-

cemente el lujo y aburrimento del salon , se habia ido á encerrar sola en un pequeño aposento amueblado con un viejo biombo , un tapiz remendado , una cómoda , un pequeño espejo y una cama de madera pintada ; aquí lloraba con descanso á la luz de una vela de sebo , puesta en un candelero de laton.

Una vez , era dos dias despues de la noche pasada en casa de Naroumof , y una semana antes de la escena que acabamos de bosquejar , Lisabeta estaba sentada por la mañana á su bastidor delante de la ventana , cuando al mirar distraida hácia la calle divisó un oficial de ingenieros inmóvil y con los ojos fijos sobre ella. Bajó la cabeza y volvió á su trabajo con mas aplicacion. Al cabo de cinco minutos miró maquinalmente á la calle ; el oficial permanecia en el mismo sitio. No teniendo la costumbre de coquetear con los jóvenes que pasaban por debajo de sus ventanas , volvió á fijar sus ojos sobre el bastidor , y trabajó durante dos horas , hasta que la vinieron á avisar para comer. Entonces fué preciso levantarse y arreglar su labor , y mientras este movimiento , volvió á ver al oficial en el mismo puesto. Esto la pareció muy extraño. Despues de la comida se acercó á la ventana con cierta emocion , pero ya el oficial no estaba en la



calle y dejó de pensar en él.

Dos dias despues al tiempo de subir al coche con la condesa, le volvió á ver de planton delante de la puerta, medio oculta su figura por un capote de pieles, pero veíanse brillar sus ojos negros debajo de su sombrero. Lisabeta tuvo miedo sin saber de cierto porqué, y se sentó temblando en el coche.

Devuelta á casa, corrió á la ventana palpítándole el corazon fuertemente; el oficial estaba en su puesto habitual y fijaba sobre ella ardientes miradas. Lisabeta se retiró al momento, pero encendida en curiosidad y presa de un sentimiento estraño que experimentaba por la primera vez.

Desde entonces no se pasó un dia sin que el jóven Ingeniero viniese á rondar debajo de la ventana. Bien pronto se estableció entre los dos un mudo conocimiento. Sentada á su bastidor tenia el sentimiento de su presencia, levantaba la cabeza y cada dia le miraba por mas tiempo. El oficial parecia lleno de reconocimiento por este inocente favor; Lisabeta con esa mirada profunda y rápida de la juventud, veia que un vivo carmin cubria las mejillas pálidas del jóven cuando sus ojos se encontraban. Al cabo de una semana se atrevió á sonreírle.

Cuando Tomski pidió á su abuela permiso para presentar á uno de sus amigos, el corazon de la pobre niña se conmovió fuertemente; y luego que supo que Naroumof era oficial de caballería, se arrepintió cruelmente de haber comprometido su secreto confiándole á un aturdido.

Hermann era hijo de un Aleman establecido en Rusia que le habia dejado un pequeño capital. Firmemente resuelto á conservar su independenciam, se habia impuesto la obligacion de no tocar á sus rentas, vivia de su sueldo y no satisfaciam el menor antojo. Era poco comunicativo, ambicioso, y su reserva proporcionaba raras veces á sus camaradas ocasión para divertirse á su costa. Debajo de esta calma aparente ocultaba pasiones violentas y una imaginacion desordenada, pero siempre era dueño de sí y habia sabido preservarse de los extravíos ordinarios de la juventud. Asi, nacido jugador, jamás habia tocado una carta, porque conocia que su posicion no le permitia (lo decia él mismo) sacrificar lo necesario con la esperanza de adquirir lo supérfluo; y sin embargo pasaba noches enteras delante de un tapete verde siguiendo con ansiedad febril las variaciones rápidas del juego.

La anécdota de las tres cartas del conde de Saint-Germain habia herido fuertemente su imaginacion y toda la noche estuvo pensando en ella.—No obstante, se decia al dia siguiente por la noche paseando por las calles de Petersbourgo, si la vieja condesa me confiara su secreto! si quisiera decirme las tres cartas afortunadas!... Es preciso que yo me haga presentar, que gane su confianza, que la haga la córte.... Si, y ella tiene ochenta y siete años.

Puede morir esta semana, mañana acaso.... Por otra parte, esta historia.... tiene una palabra de verdad en su fondo? No; la economía, la templanza, el trabajo, ve aquí mis tres cartas afortunadas! Con ellas doblaré y decuplicaré mi capital. Ellas son las que me han de asegurar la independenciam y el bienestar.

Meditando de esta suerte, se halló en una de las grandes calles de Petersbourgo, delante de una casa de bastante vieja arquitectura. La calle estaba obstruida por los carruajes, desfilando uno á uno delante de una fachada espléndidamente iluminada. Véase salir por la abierta portezuela tan pronto el pequeño pie de una jóven, tan pronto la bota del escudero de un general, ya una media de señora, ya un zapato diplomático, Pellizas y man-

tos pasaban en procesion delante de un suizo gigantesco. Hermann se detiene. —De quién es esta casa? preguntó á un *boudoutchnik* (1) recogido en su garita. —A la condesa \*\*\*\*\*. Esta es la abuela de Tomski.

Hermann se estremeció. La historia de las tres cartas se presentó á su imaginacion. Se puso á dar vueltas al rededor de la casa, pensando en la mujer que la ocupaba, en su riqueza, y en su poder misterioso. De vuelta en fin de su posada, estuvo mucho tiempo desvelado y luego que el sueño se apoderó de sus sentidos, vio danzar delante de sus ojos las cartas, un tapete verde, montones de ducados y de billetes de banco. Se creia estar haciendo pároli sobre pároli, ganando siempre, llenando sus bolsillos de ducados y atesando su cartera de billetes.

Cuando despertó, suspiró por no encontrar sus fantásticos tesoros y para distraerse salió á pasearse por la ciudad. Bien pronto tropezó con la casa de la condesa \*\*\*\*\*. Una fuerza invencible le arrastraba y se detuvo y miró las ventanas; detrás de una vidriera descubrió una cabeza jóven con hermosos cabellos negros inclinada graciosamente sobre un

(1) Guardia ó centinela de noche.

libro, sin duda, ó sobre un bastidor. La cabeza se levantó, y Hermann vió un hermoso rostro de ojos negros. Este instante decidió de su suerte.

### III.

Lisabeta se quita su chal y su sombrero cuando la condesa la mandó á buscar. Acababa de hacer enganchar los caballos al coche.

Mientras tanto que, á la puerta de la calle, dos lacayos ayudaban á subir sobre el estribo, con gran trabajo, á la anciana señora, Lisabeta vió á Hermann junto á sí, sintió que la cogía la mano; el miedo la hizo perder la cabeza, y el oficial habia desaparecido dejándola un papel entre los dedos. Se apresuró á ocultarle en su guante y en todo el camino nada vió ni entendió. En el coche, tenia la condesa costumbre de hacer preguntas sin cesar. —Quién es ese hombre que nos ha saludado? Cómo se llama esa fábrica? Qué es lo que hay escrito sobre esa muestra? Lisabeta respondia todo al revés, y dió motivo á que la condesa la regañase.

—¡Cibica! qué tienes tú hoy? en qué piensas? ó es que no me oyes. Pues todavía no tartamudeo y aun no he perdido la cabeza.

Lisabeta no escuchaba. De vuelta á casa, corrió á encerrarse en su habitacion y sacó la carta de su guante. No estaba cerrada y por consecuencia era imposible no leerla. Contenia promesas de amor y estaba tierna, respetuosa, y palabra por palabra traducida de una novela alemana; pero Lisabeta como no sabia aleman, quedó satisfecha.

Solamente que se hallaba muy embarazada. Por la primera vez de su vida tenia un secreto. ¡Estar en correspondencia con un joven! Su temeridad la hacia estremecerse y temblar. Se reprochaba su imprudencia y no sabia qué partido tomar. Cesar de trabajar á la ventana y á fuerza de frialdad hacer que el oficial abandonara su empresa, devolverle su carta, responderle de una manera firme y decisiva, á qué resolverse? Ella no tenia amiga ni consejero; al fin se determinó á responder.

Se sentó á su mesa, tomó papel y pluma, y meditó profundamente. Mas de una vez comenzó una frase y en seguida rasgaba la hoja. El billete tan pronto la parecia demasiado duro, tan pronto demasiado franco. En fin, á duras penas, logró componer algunas líneas, con las que quedó satisfecha: «Creo, escribia, que vuestras intenciones son las de

un hombre galante , y que vos no querreis ofenderme con una conducta irreflexiva ; pero comprendereis que nuestras relaciones no pueden comenzar de esta suerte. Os devuelvo vuestra carta , y espero que no me dareis lugar de sentir mi imprudencia.»

Al otro dia tan pronto como descubrió á Hermann se separó del bastidor , entró en el salon , abrió los postigos y arrojó la carta á la calle , segura de que Hermann no la dejaria perder. En efecto , el jóven la recogió al instante y se metió en una confitería para leerla. No encontrando nada desconsolador volvió á entrar en su casa bastante contento del principio de su intriga amorosa.

Algunos dias despues , una jóven de ojos muy vivos , pidió permiso para hablar á la señorita Lisabeta de parte de una modista. Lisabeta no la recibió sin inquietud previendo alguna cuenta atrasada ; pero su sorpresa fué extraordinaria luego que abriendo un papel que la entregó la jóven , reconoció la letra de Hermann.

—Os engañais , señorita , esta carta no es para mi.

—Dispensadme , respondió la modista con una sonrisa maligna , tened el trabajo de leerla. Lisabeta pasó sus ojos por la carta y vió

que Hermann la pedía una cita.

—Es imposible! exclamó asustada del atrevimiento de la demanda, y de la manera con que le era transmitida.—Esta carta no es para mi.—Y la rasgó en mil pedazos.

—Si esa carta no es para vos, señorita, por qué la rompeis? replicó la modista. Era preciso devolverla á la persona á quien estaba destinada.

—Dios mío! querida, escusadme, dijo Lisabeta enteramente desconcertada; no me traigais jamás cartas, os lo suplico, y decid al que os envía que debía avergonzarse de su proceder.

Pero Hermann no era hombre para soltar la presa. Así que, cada día Lisabeta recibía una carta nueva, tan pronto de un modo, tan pronto de otro. Ya no eran traducciones del alemán lo que enviaba. Hermann escribía bajo del imperio de una pasión violenta y hablaba un lenguaje que le era muy propio. Lisabeta no pudo resistir este torrente de elocuencia. Recibió las cartas de buena gana, y bien pronto respondió á ellas. Cada día sus respuestas iban siendo mas largas y mas tiernas. En fin, Lisabeta le arrojó por la ventana e billete siguiente: «lloy hay baile en casa de embajador de\*\*\*. La condesa vá. Nosotras per-



maneceremos allí hasta las dos. Ve aquí como podeis verme sin testigos. Luego que la condesa haya partido, es decir, hacia las once, las gentes no dejan de alejarse. No queda ya mas que el portero en el vestíbulo y está siempre dormido en su casilla. Entrad luego que den las once y al momento subid rápidamente la escalera. Si encontrais alguno en la antecámara, preguntareis si la condesa está en casa; os responderán que ha salido, y entonces es necesario resignarse y partir; pero muy probablemente no encontrareis á nadie. Las criadas de la condesa están todas juntas en un aposento lejano. Llegado á la antecámara, tirais á la izquierda y vais via recta y de frente, hasta que entreis en la alcoba de la condesa. Allí, detrás de un gran biombo encontrareis dos puertas; la de la derecha dá entrada al gabinete oscuro; la de la izquierda á un corredor, al cabo de él está una pequeña escalera de caracol, esa conduce á mi cuarto.

Hermann se estremecía como un « tigre en la espera » aguardando la hora de la cita. Desde las diez, estaba ya de centinela delante de la puerta de la condesa. Hacia un tiempo horroroso. Los vientos se habian desencadenado y la nieve caía en grandes copos. Los

reverberos despedían una luz incierta y las calles estaban desiertas. De cuando en cuando pasaba algún coche simon, cuyo cochero dando latigazos á una vieja caballería, iba buscando algún pasajero puesto en camino tan á deshora.

Cubierto con una ligera levita, Hermann, no sentía el viento ni la nieve. Por fin, apareció el deseado coche de la condesa. Hermann vió á dos grandes lacayos cojer por debajo de los brazos á este espectro cascado y depositarlo en los cogines bien envuelto en una enorme pelliza. En el momento siguiente, cubierta con un pequeño abrigo y coronada la cabeza con flores naturales, Lisabeta se lanzó como una flecha en el coche. La portezuela se cerró y el coche rodó sordamente sobre la blanda nieve. El suizo cerró la puerta de la calle. Las ventanas del primer piso quedaron á oscuras y el silencio reinó en la casa. Hermann se paseaba por lo largo y lo ancho. Se acercó bien pronto á un reverbero y miró su reloj. Las once menos veinte minutos. Apoyado contra el reverbero, fijos los ojos en la aguja contaba con impaciencia los minutos que faltaban. A las once en punto, Hermann subía los escalones, abría la puerta de la calle y entraba en el portal en este

momento muy alumbrado. ¡Oh felicidad! nada de suizo. Con paso firme y rápido subió la escalera en un abrir y cerrar de ojos y se encontró en la antecámara. Allí, delante de una lámpara, dormía un criado tendido en una silla poltrona, vieja y grasienta. Hermann pasó diligente delante de él y atravesó el corredor y el salón, donde no había luz; pero la lámpara de la antecámara le servía para guiarle. Hele aquí en fin en la alcoba. Delante de un altar lleno de viejas imágenes, ardía una lámpara de oro. Sillones dorados, divanes de colores antiguos con blandos cojines estaban puestos simétricamente á lo largo de las paredes colgadas de sedería de la China. Llamaban la atención al instante dos grandes retratos pintados por Mme. Lebrun. El uno representaba un hombre de cuarenta años, grueso y alto, con frac verde claro y con una placa sobre el pecho. El segundo retrato era de una joven elegante, la nariz aguileña, los cabellos levantados sobre las sienes y empolvados, y una rosa sobre la oreja.

En todas las rinconeras se veían pastores de porcelana de Sajonia, vasos de todas formas, relojes de Leroy, canastillos, abanicos, y mil juguetes para el uso de las damas, grandes descubrimientos del siglo último, contempo-

raneos de los globos de Montgolfier y del magnetismo de Mesmer.

Hermann pasó detrás del biombo que ocultaba una pequeña cama de hierro. Descubrió las dos puertas: á la derecha la del gabinete oscuro, y á la izquierda la del corredor. Abrió esta última y vió la pequeña escalera que conducia á la habitacion de la pobre camarrera. En seguida volvió á cerrar esta puerta y entró en el gabinete oscuro.

Corria lentamente el tiempo. En la casa todo estaba tranquilo. El reloj del salon dió las doce. El silencio comenzó de nuevo. Hermann estaba de pié, apoyado contra una estufa sin fuego. Permanecía en calma, su corazón latia con pulsaciones iguales, como aquel que está determinado á arrostrar todos los peligros que se le ofrezcan, porque los conoce inevitables. Oyó dar la una, despues las dos: bien pronto luego el movimiento lejano de un coche. Entonces se sintió conmovido á su pesar. El coche se acercó rápidamente y paró.

Al instante se nota gran ruido de criados corriendo por las escaleras y voces confusas; todas las habitaciones se iluminan y tres viejas doncellas entran á la vez en la alcoba. En fin aparece la condesa, momia ambulante, que

se deja caer sobre un gran sillón á la Voltaire. Hermann miraba por una hendidura y vió á Lisabeta pasar casi rozando con él y oyó su paso precipitado en la pequeña escalera de caracol. En el fondo de su corazón sintió alguna cosa como un remordimiento, pero esto pasó y su corazón volvió á ser de piedra.

La condesa se puso á desnudar delante de un espejo. Quitáronle su cofia adornada de rosas y le separaron la peluca enpolvada, de sus cabellos todos blancos y cortados. Los alfileres caían en lluvia á su alrededor. Su vestido amarillo de lama de plata se desprendió hasta sus pies hinchados. Hermann, á su pesar asistió á todos los detalles poco apetitosos de un tocador de noche. La condesa se quedó al fin en peinador y con un gorro de noche, en este traje, mas conveniente á su edad estaba algo menos espantosa.

Como la mayor parte de los viejos, la condesa era atormentada por insomnios. Después de haberse desnudado hizo rodar su sillón hasta el alfeizar de una ventana y despidió á sus doncellas. Se apagaron las bujías y el aposento quedó alumbrado solamente por la lámpara que ardía delante de las santas imágenes. La condesa amarilla, arrugada, y con los labios pendientes, se balanceaba dulcemente á

derecha y á izquierda. En sus apagados ojos se leía la ausencia del pensamiento, y mirándola mecérse así, se hubiera dicho que no se movía por la acción de su voluntad sino por cualquier mecanismo secreto.

De repente este semblante de muerte cambió de espresion. Los labios cesaron de temblar y los ojos se animaron. Un desconocido acababa de aparecer delante de la condesa: este era Hermann.

—No tengais miedo, señora, dijo en voz baja, pero acentuando bien sus palabras. Por el amor de Dios no tengais miedo. Yo no quiero haceros el menor mal. Al contrario, es una gracia, la que yo vengo á implorar de vos.

La vieja le miró en silencio, como si no comprendiese. Hermann creyó que era sorda y aproximándose á su oído la repitió su exordio. La condesa continuó guardando silencio.

—Vos podeis, añadió Hermann, asegurar la felicidad de toda mi vida y sin que nada os cueste. Yo sé que vos podeis decirme tres cartas que...

Hermann se detuvo. La condesa comprendió sin duda lo que se quería de ella; puede ser que buscasse una respuesta y dijo:

—Eso fné una chanza.... yo os lo juro, una chanza.

No, señora, replicó Hermann con tono de cólera. Os acordais de Tcbaplitzki, á quien hicisteis ganar....

La condesa pareció conmovida. Por un instante, sus facciones experimentaron una viva emoción, pero pronto volvieron á tomar su inmovilidad estúpida.

— Vos no podeis, dijo Hermann, indicarme las tres cartas gananciosas?

La condesa callaba: él continuó:

— Por qué guardais para vos este secreto? Para vuestros nietos? son ricos sin esto. Ellos no conocen el valor del dinero. Para que les servirian vuestras tres cartas? Son unos desarrreglados y el que no sabe guardar su patrimonio morirá en la indigencia, aunque tuviese la ciencia de los demonios á sus órdenes. Yo por el contrario soy arreglado, yo conozco el precio del dinero y vuestras tres cartas no serán perdidas para mí. Vamos....

Hermann se detuvo, aguardando temeroso una respuesta. La condesa no decia una palabra. Herman se puso de rodillas.

— Si alguna vez ha conocido vuestro corazón el amor, si recordais sus dulces éxtasis, si habeis sonreido alguna vez al grito de un recién nacido, si algun sentimiento humano ha hecho latir vuestro corazón, yo os suplico

por el amor de un esposo, de un amante, de una madre, por todo lo que hay de santo en la vida, no rechaceis mi súplica. Reveladme vuestro secreto! — Veamos. — ¿Acaso está ligado á él algun pecado terrible ó la pérdida de vuestra felicidad eterna? Tendriais hecho algun pacto diabólico?... Pensadlo; sois muy anciana y no teneis largo tiempo de vida. Yo estoy pronto á tomar sobre mi alma todos vuestros pecados, y á responder de ellos solo delante de Dios. ¡Decidme vuestro secreto! Pensad que la felicidad de un hombre se encuentra en vuestras manos, y no solamente yo, sino mis hijos, mis nietos, todos bendeciremos vuestra memoria y os veneraremos como á una santa.

La condesa no respondió una palabra.

Hermann se levantó.

— Maldita vieja, exclamó rechinando los dientes, yo te haré hablar! Y sacó una pistola de un bolsillo.

A la vista de la pistola, la condesa, por segunda vez, mostró una viva emocion. Su cabeza se movió fuertemente, estendió sus manos como para separar el arma, despues cayéndose hacia atras de un golpe, quedó inmóvil.

— Vamos!, cesad de hacer la niña, dijo



Hermann, cogiéndole la mano. Yo os conjuro por última vez. Quereis decirme las tres cartas, si ó no? La condesa no respondió. Hermann observó que estaba muerta.

#### IV.

Lisabeta permanecía sentada en su aposento todavía en traje de baile, sumergida en una profunda meditacion. De vuelta á casa se habia apresurado á despedir á la doncella diciéndola que no necesitaba á nadie para desnudarse y habia subido á su aposento temblando temiéndose encontrar con Hermann y deseando no encontrarle. Al primer golpe de vista se aseguró de su ausencia y dió gracias á la casualidad que hiciera que la cita no se llevase á efecto. Se sentó pensativa, sin soñar en mudarse de traje; y púsose á repasar en su memoria todas las circunstancias de una amistad comenzada despues de tan poco tiempo, y que no obstante la habia ya llevado tan lejos. Apenas habian transcurrido tres semanas desde que estando en su ventana vió por primera vez al oficial y ya le habia escrito y él habia logrado obtener una cita por la noche. Lisabeta únicamente sabia su nombre: habia recibido de él gran número de cartas,

pero jamás la habia dirigido la palabra ; ella no conocia siquiera el metal de su voz. Hasta aquella noche misma , cosa estraña , no habia oido hablar de él. Aquella noche , Tomski , creyendo notar que la jóven princesa Paulina \*\*\*\*, á la cual constantemente hacia la corte , coqueteaba contra su costumbre, con otro que él , habia querido vengarse , haciendo alarde de indiferencia. Con este vano desig- nio , invitó á Lisabeta para una interminable Mazurka. Tomski la dió larga zumba por su parcialidad á favor de los oficiales de ingenie- ros , y fingiendo saber mucho mas de lo que decia , sucedió que , algunas de sus ficciones hirieron con tal acierto , que mas de una vez Lisabeta creyó que su secreto estaba descu- bierto.

—Pero en fin , dijo ella sonriendo , ¿ por quién sabeis todo esto ?

—Por un amigo del oficial, que ya sabeis. Un hombre muy original.

—Y quién es ese hombre tan original ?

—Se llama Hermann.

Lisabeta no respondió , pero sintió que un sudor frio recorria sus pies y sus manos.

—Hermann es un héroe de novela , conti- nuó Tomski. El tiene el rostro de Napoleon y el alma de Méphistophélés. Yo creo que

tiene lo menos tres crímenes sobre su conciencia. Qué pálida estais?

—Tengo jaqueca, Y bien, qué os ha dicho ese M. Hermann? No es así como le llamais?

—Hermann está muy descontento de su amigo, del oficial de Ingenieros que vos conocéis. Dice que en su lugar, él obraría de otro modo. Yo apostaría á que Hermann tiene sus proyectos acerca de vos. A lo menos él parecia escuchar con un interés muy extraño las confianzas de su amigo.....

—Y en dónde me ha visto?

—Acaso en la iglesia, en el paseo, Dios sabe, puede ser que en vuestro aposento mientras vos dormiais. El es capaz de todo.....

En este momento, adelantándose tres señoras según el uso de la mazurka para invitar á la eleccion entre EL OLVIDO ó LAS PENAS, interrumpieron una conversacion que excitaba dolorosamente la curiosidad de Lisabeta.

La señora que, en virtud de estas infidelidades que la mazurka autoriza, acababa de ser elegida por Tomski era la princesa Paulina. Los dos amantes tuvieron entre sí una grande esplicacion durante las evoluciones que la figura les obligaba á hacer y hasta tanto que volvió á su asiento á la dama. De vuelta de esta figura, Tomski no pensó mas en Hermann

ni en Lisabeta. Esta ensayó vanamente continuar la conversacion, pero la mazurca concluyó, y al instante la condesa se levantó para marchar.

Las frases misteriosas de Tomski no eran otra cosa que, parte de las conversaciones faltas de interés que se entablan al uso de la mazurka, pero se habian grabado profundamente en el corazon de la pobre camarera. El retrato bosquejado por Tomski le pareció de una semejanza sorprendente y gracias á su erudiccion novelesca, veía en el retrato bastante insignificante de su adorador, motivo para encantarla y aterrorizarla á la vez. Lisabeta estaba sentada, sin guantes, y desnuda de espaldas; su cabeza engalanada con flores yacía doblada sobre su pecho, cuando de repente la puerta se abre y Herman entró, Lisabeta se estremeció.

—¿En dónde estabais? le preguntó toda trémula.

En la alcoba de la condesa, respondió Hermann. Acabo de dejarla, está muerta.

—Dios mio! que decís!...

—Y yo temo, continuó, ser la causa de su muerte.

Lisabeta le miró despavorida, y la vino á la memoria la frase de Tomski: «El tiene lo

menos tres crímenes sobre su conciencia.» Hermann se sentó cerca de la ventana y la contó todo.

Lisabeta le escuchó con espanto.

Así, aquellas cartas tan apasionadas, aquellas espresiones ardientes, aquella persecucion tan atrevida, tan obstinada, nada de ello habia inspirado el amor. El dinero solo, hé aquí lo que abrasaba su alma !! Ella que no tenia mas que su corazon que ofrecerle podia hacerle feliz? Pobre niña ! habia sido el instrumento ciego de un ladron, del asesino de su anciana bienhechora.

Lisabeta lloraba amargamente en la agonía de su arrepentimiento. Hermann la miraba en silencio, pero ni las lágrimas de la infortunada, ni su belleza entonces mas atractiva por el dolor pudieron ablandar aquella alma de hierro. Ningun remordimiento tenia pensando en la muerte de la condesa y solo un pensamiento le atormentaba, la pérdida del secreto del que esperaba su fortuna.

—Pero sois un monstruo ! exclamó Lisabeta despues de un largo silencio.

—Yo no queria matarla, respondió Hermann friamente; mi pistola no estaba cargada.

Permauecieron largo tiempo sin hablar y sin mirarse. El dia venia ya, Lisabeta apagó

la luz que ardia en la arandela. La habitacion se llenó de una luz pálida. Lisabeta enjugó sus ojos llenos de lágrimas, y los levantó hácia Hermann. Este estaba todavia cerca de la ventana, con los brazos cruzados y frunciendo las cejas. En esta actitud, él le recordó involuntariamente el retrato de Napoleon. Esta semejanza la abrumó.

—Como hacer para salir de aquí? le dijo al fin Lisabeta. Yo pienso que salgais por la escalera secreta, pero es preciso pasar por el aposento en donde está la condesa, y yo tengo miedo.....

—Decidme solamente donde encontraré esa escalera secreta; yo iré bien solo.

Lisabeta se levantó, buscó en una gabela una llave que entregó á Hermann dándole todas las señas necesarias. Este la tomó su mano helada, depositó un beso sobre su inclinada frente y salió.

Hermann bajó la escalera de caracol y entró en el aposento de la condesa. Permanecia sentada en el sillón y tiesa toda; los rasgos de su fisonomía no se habian contraido. Se paró delante de ella, contemplóla algun tiempo como para asegurarse de la espantosa realidad; entró despues en el gabinete oscuro, y tentando el tapiz descubrió una pequeña puer-

ta que daba paso á una escalera.

Al bajar estrañas ideas le vinieron á la mente. Por esta escalera, se decia, hace unos sesenta años, á la misma hora, saliendo de esta alcoba, con vestido bordado, peinado á lo “pájaro real” apretando su sombrero de tres picos contra el pecho, se hubiera podido sorprender algun galan, enterrado despues de largos años; y hoy mismo el corazon de su vieja dueña ha cesado de latir.

Al cabo de la escalera, encontró otra puerta que abrió con su llave. Entró en un corredor y bien pronto ganó la calle.

## V.


Tres dias despues de esta noche fatal y á las nueve de la mañana, Hermann entraba en el convento de\*\*\*\* en donde se debian rendir los últimos obsequios al despojo mortal de la condesa. El no tenia remordimientos, y sin embargo no podia disimularse que era el asesino de esta pobre muger. No teniendo fé era supersticioso, como sucede generalmente. Persuadido de que la condesa muerta podia ejercer una maligna influencia sobre su vida, imaginó que se apaciguarian sus manes asistiendo á los funerales.

La iglesia estaba llena de gente, y le costó mucho trabajo encontrar un sitio.

El cuerpo de la condesa estaba depositado sobre un rico catafalco, bajo de un pabellon de terciopelo. La condesa estaba tendida en el atahud, con las manos juntas sobre el pecho, con una ropa de raso blanco con adornos de encaje. Al rededor del catafalco veíase la familia reunida; los criados con túnicas negras con un nudo de cintas blasonadas sobre la espalda, y un cirio en la mano; los parientes en traje de gran duelo, hijos, nietos, tataranietos, pero ninguno lloraba; las lágrimas hubiesen pasado por una afectacion. La condesa era tan vieja que su muerte no podia sorprender á ninguno, hacia ya mucho tiempo que se la acostumbraba á mirar como fuera de este mundo.

Un predicador célebre pronunció la oracion fúnebre. Con algunas sencillas y lastimeras palabras pintó la partida final del justo, que ha pasado largos años en los tiernos preparativos de un cristiano. “El ángel de la muerte la ha llevado, dijo el orador, en medio de las alegrías de sus piadosas meditaciones y en la esperanza del *desposado de media noche*.

El oficio se concluyó con el recogimiento conveniente. Entonces los parientes fueron á





dar el último adios á la difunta. Tras ellos, en larga procesion todos los invitados á la ceremonia. Se inclinaron por última vez delante de aquella que, por tanto tiempo, habia sido la pantalla para sus diversiones. La servidumbre avanzó la última. Veíase una vieja gobernanta de la misma edad que la difunta sostenida por dos mugeres. No tenia fuerzas para arrodillarse, y de sus ojos corrieron lágrimas cuando besó la mano de su dueña.

A su vez Hermann se adelantó hácia el túmulo. Se arrodilló un momento sobre los esparcidos pedazos de ramas de abeto. Despues se levantó y pálido como la muerte, subió las gradas del catafalco y se inclinó... Cuando de repente, le pareció que la muerta le miraba con aire burlon y guiñándole un ojo.

Hermann con un brusco movimiento, se echó hácia atrás y cayó de espaldas. Se apresuraron á levantarle. En el mismo instante, caía Lisabeta sin conocimiento, sobre el pavimento de la iglesia. Este episodio turbó durante algunos minutos la pompa de la ceremonia fúnebre; los concurrentes cuchicheaban y un chambelan delgadillo, próximo pariente de la difunta, murmuró al oido de un inglés que se hallaba cerca de él:—Ese oficial jóven es un hijo de la condesa, de la mano

izquierda se entiende—A lo que respondió el inglés—Oh!....

Todo el día, Hermann, fué presa de un malestar extraordinario. En la fonda solitaria en donde él tomaba su ordinaria comida, bebió mucho, contra su costumbre, con la esperanza de atolondrarse; pero el vino no hizo mas que encender su imaginacion y dar nueva actividad á las ideas que le preocupaban. Volvióse á casa temprano, se echó vestido sobre la cama y se durmió con un sueño de plomo. Cuando despertó era ya de noche y la luna alumbraba su habitacion. Miró la hora y vió que eran las tres menos cuarto. No tenia ya gana de dormir, se sentó sobre la cama y pensó en la difunta condesa.

En este momento, alguno en la calle se aproximó á la ventana como para mirar en el aposento y desapareció. Hermann no fijó la atencion. Al cabo de un minuto oyó abrir la puerta de su antesala. Creyó que su *den-tschik* (1), embriagado segun su costumbre, volvía de alguna escursion nocturna; pero bien pronto distinguió unos pasos desconocidos. Alguno entraba sin duda arrastrando suavemente el calzado sobre el pavimento. La

(1) Criado de un oficial, asistente,

puerta se abrió y una muger vestida de blanco se adelantó hácia la alcoba. Hermann se imaginó que seria su vieja nodriza, y se preguntó al mismo tiempo qué podia llevarla á aquella hora. La muger vestida de blanco, atravesando la alcoba con rapidez llegó en un momento al pié de la cama, y Hermann reconoció á la condesa...

—Vengo á tí contra mi voluntad, dijo con voz firme. Me veo obligada á satisfacer tu súplica. El tres, el siete y el as, ganarán para tí, la una en pos de la otra. Pero no jugarás mas de una carta en veinte y cuatro horas y despues no jugarás ya en toda tu vida! Yo te perdono mi muerte, con tal que te cases con mi camarera Lisabeta Ivanovna.

Dichas estas palabras se dirigió hácia la puerta y se retiró volviendo á arrastrar sus chinelas sobre el pavimento. Hermann la oyó cerrar la puerta de la antesala, y vió un instante despues pasar una figura blanca por la calle y pararse delante de la ventana como para mirarle.

Hermann permaneció algun tiempo absorto. Despues se levantó y salió á la antesala. Su dentschik, beodo como siempre, dormia acostado en el suelo. Le costó mucho trabajo despertarle, y no pudo obtener de él la menor

explicacion. La puerta de la antesala estaba cerrada con llave, Hermann volvió á entrar á su aposento y escribió al instante todas las circunstancias de su vision.

## VI

Dos ideas fijas no pueden existir á la vez en el mundo moral, del mismo modo que en el físico dos cuerpos no pueden ocupar al mismo tiempo el mismo lugar. El tres, el siete y el as, borraron bien pronto de la imaginacion de Hermann el recuerdo de los últimos momentos de la condesa. El tres, el siete y el as, no se le salian de la cabeza y se le venian á cada instante á la boca.

Si encontraba una jéven en la calle:—Qué lindo talle, decia, parece un tres de copas. Si se le preguntaba la hora, respondia:—Siete de oras, menos un cuarto. A todo hombre grueso que veía le llamaba as. El tres, el siete y el as, le seguian en sueños y se le aparecian en infinidad de formas estrañas. El veía abrirse treses como *la mongolia grandiflora*, los sietes se abrian en puertas góticas, los ases se mostraban suspendidos como arañas monstruosas. Todos sus pensamientos se reconcentraban en un solo punto: como aprove-

chase de este secreto tan caramente adquirido? Pensaba pedir permiso para viajar. En Paris, se decia, que descubriría alguna casa de juego en donde haria de tres golpes su fortuna. La casualidad le sacó bien pronto de su apuro.

Habia en Moscow una sociedad de jugadores ricos, bajo la presidencia del célebre Tchekalinski, que habia pasado toda su vida jugando y tenia amontonados millones, porque ganaba billetes de banco y no perdía mas que monedas de plata. Su magnífica casa, su cocina excelente, sus maneras francas, le habian hecho con numerosos amigos y le atraían la consideracion general. Vino á Petersbourgo y al instante la juventud acudió á sus salones, olvidando los bailes por las reuniones de juego, y prefiriendo las emociones del tapete verde á las seducciones de la coqueteria. Hermann fué conducido á casa de Tchekalinski por Naroumof. Atravesaron una larga fila de piezas llenas de criados limpios y solícitos. Habia grande gentío en todas partes. Generales y consejeros privados, jugaban al whot. Los jóvenes estaban tendidos sobre los divanes, mirandose á los espejos y fumando grandes pipas. En el salon principal, delante de una larga mesa, al rededor de la cual se apretaban

una veintena de jugadores, el dueño de la casa tenía una banca de pharaon.

Era este un hombre como de sesenta años, de fisonomía dulce y noble, y de cabellos blancos como la nieve. En su rostro fresco y lleno, se leía el buen humor y la benevolencia. Sus ojos brillaban animados y en sus labios se veía una sonrisa perpétua. Naroumof presentó á Hermann. Al instante Tchekalinski le alargó la mano, le dió la bienvenida, le dijo que obrára con toda franqueza, y se volvió á tallar.

La talla duró largo tiempo; se apuntaba sobre mas de treinta cartas. A cada jugada, Tchekalinski se detenía para dejar á los gananciosos el tiempo de hacer los parolis, pagaba, escuchaba cortestamente las reclamaciones y mas fino todavia hacia anular las malas jugadas que alguna mano distraida se habia permitido.

Al fin la talla se concluyó. Tchekalinski barajó las cartas y se preparó á hacer otra nueva.

—Me permitís que yo tome una carta? dijo Hermann alargando la mano por encima de un hombre grueso que obstruía todo un lado de la mesa. Tchekalinski, dirigiéndole una graciosa sonrisa, se inclinó políticamente en se-

ñal de aceptación. Naroumof cumplimentó riendo á Hermann por haber dado fin á la austeridad de otras veces, y le deseó toda buena suerte en su primer paso en la carrera del juego.

—Muy bien, dijo Herman despues de haber escrito un guarismo sobre el reverso de su carta.

—Cuanto? preguntó el banquero guiñando los ojos. Perdonad, yo no veo.

—Cuarenta y siete mil rublos, dijo Hermann. A estas palabras, todas las cabezas se levantaron, todas las miradas se dirigieron á Hermann. Ha perdido la cabeza, dijo para sí Naroumof.

—Permitidme haceros observar, caballero, dijo Tchekalinski con su eterna sonrisa, que vuestro juego es un poco fuerte. Jamás se ha apuntado aqui mas de doscientos setenta y cinco rublos sobre sencilla.

—Baeno, contestó Hermann; pero admitís mi carta, sí ó no?

Tchekalinski se inclinó en señal de asentimiento.

—Yo solamente queria deciros, añadió, que aunque estoy perfectamente seguro de mis amigos, no puedo tallar sino delante del dinero contante. Estoy convencido de que vues-

tra palabra vale mas que el oro , pero sin embargo por el órden del juego y la facilidad en los cálculos os agradecería que pusiérais el dinero sobre vuestra carta.

Hermann sacó de su bolsillo un billete de banco y lo enseñó á Tchekalinski , quien , despues de haberle examinado de una ojeada , lo dejó sobre la carta de Hermann.

Tchekalinski talló: á la derecha salió un diez , á la izquierda un tres.

—Yo gano , dijo Hermann mostrando su carta.

Un murmullo de asombro circuló entre los jugadores. Por un momento , las cejas del banquero se contrajeron , pero á poco su sonrisa habitual volvió á aparecer en su semblante.

—Es preciso pagar en el acto?

—Si teneis esa bondad....

Tchekalinski sacó billetes de banco de su cartera y pagó al instante. Hermann guardó su ganancia y se quitó de la mesa. Naroumof no venia , y Hermann bebió un vaso de limonada y se marchó á su casa.

A la noche siguiente volvió á casa de Tchekalinski , que estaba tallando. Hermann se acercó á la mesa , esta vez los jugadores se apresuraron á hacerle un sitio. Tchekalinski se inclinó con aire cariñoso.



Hermann aguardó una nueva talla, después tomó una carta, encima de la cual, puso sus cuarenta y siete mil rublos y además la ganancia de la víspera. Tchekalinski comenzó á tallar. Una sota salió á la derecha, un siete á la izquierda.

Hermann mostró su siete.

Hubo una exclamacion general. Tchekalinski estaba evidentemente disgustado en su asiento. Contó los noventa y cuatro mil rublos y los entregó á Hermann, quien los tomó con la mayor sangre fria; se levantó y salió al instante.

Al otro dia apareció á la hora acostumbrada. Toda la concurrencia le esperaba; los generales y los consejeros privados habian abandonado su wihst para asistir á un juego tan extraordinario. Los jóvenes habian dejado sus divanes, y todos los concurrentes se oprimian en la sala y todos rodeaban á Hermann. A su entrada, los otros jugadores cesaron de apuntar con impaciencia de ver su lucha con el banquero, que pálido, pero siempre sonriendo, le miraba tomar sitio á la mesa y se disponia á jugar solo contra él.

Cada uno de los dos deshizo á la vez un paquete de cartas. Tchekalinski barajó y Hermann alzó: después tomó una carta y la cubrió.

con un monton de billetes de banco. Se hubiera dicho que eran los aprestos de un desafío. Un profundo silencio reinaba en la sala.

Tchekalinski comenzó a tallar; sus manos temblaban. A la derecha se vió salir una sota, á la izquierda un as.

—El as gana, dijo Hermann, y descubrió su carta.

—Vuestra sota ha perdido, dijo Tchekalinski, con un tono de voz meloso.

Hermann se estremeció. En lugar de un as, tenia delante de sí una sota de espadas. El no podia creer lo que sus ojos veian, y no podia comprender como habia podido equivocarse de aquel modo.

Con los ojos fijos sobre esta funesta carta, le pareció que la figura le guiñaba el ojo y le sonreia con aire barlon. Reconoció con horror una semejanza estraña entre esta sota y la difunta condesa...

—Maldita vieja, exclamó espantado.

Tchekalinski, con un golpe de fortuna, recogió toda su ganancia. Hermann permaneció inmóvil largo tiempo, aniquilado. Cuando al fin se separó de la mesa de juego hubo un momento de confusa charla. Famoso apuntes decian los jugadores. Tchekalinski barajó las cartas, y el juego continuó.

## Conclusion.

Hermann se ha vuelto loco. Está en el hospital de Oboukhof, en el número 17. No responde á ninguna pregunta que se le dirige, pero se le oye repetir sin cesar: tres, siete, así tres, siete, sotal.

Lisabeta acaba de casarse con un jóven muy amable, hijo del intendente de la difunta condesa. Tiene un buen empleo, y es muchacho muy juicioso. Lisabeta educa en su casa á una pobre parienta suya.

Tomski ha pasado á jefe de escuadron y se ha casado con la princesa Paulina.



## ERRATAS.

---

<u>Páginas.</u>	<u>Líneas.</u>	<u>Dice:</u>	<u>Léase:</u>
6	3	sbuela	abuela
21	5	quita	quitaba
31	23	Herman	Hermann
36	18	Herman	Hermann
38	10	ia	la
43	12	jugaráa	jugarás
45	24	wihot	wihst

A las palabras EL OLVIDO Ó LAS PENAS, página 35, línea 18, corresponde la siguiente nota:

Cada una de estas palabras designa una señora. El caballero las repite á la ventura y debe ejecutar una figura con la dama á quien pertenece la palabra elegida.

---